

## **Alocución de la Dra. Agnes Abuom, Moderadora del Comité Central del CMI**

Su Santidad:

Karibu - ¡bienvenido! Su presencia es signo de aliento y esperanza para las iglesias miembros del CMI y para muchas personas de buena voluntad de todo el mundo. Su visita aquí, en el Centro Ecu­mé­nico, muestra que el compromiso de las iglesias con la unidad por el bien de toda la humanidad y de toda la Creación de Dios es firme y está vivo.

Nuestra esperanza compartida en el Evangelio de Jesucristo y en el testimonio común de las iglesias es un antídoto contra la desesperación y la indiferencia en un momento de fragmentación en el que imperan los propios intereses, que suelen triunfar sobre la solidaridad, la justicia y la paz.

No es simplemente una coincidencia que la lectura del Evangelio de hoy esté extraída de Mateo 6:7-15, el pasaje sobre la oración que incluye el texto del Padre Nuestro.

Se trata del texto más fundamental en el marco de nuestra peregrinación de justicia y paz. Al ensalzar el santo nombre de Dios, orar por que venga a nosotros el reino de Dios y por que Dios nos dé el pan nuestro de cada día, perdone nuestras deudas y nos libre del mal, recordamos la práctica diaria del amor y la misericordia que Dios quiere que sean insignias de nuestra vida cristiana.

El Padre Nuestro nos orienta sobre en qué dirección y de qué manera caminar, trabajar y orar juntos desde el amor mutuo. Nos enseña lo que es realmente importante en nuestros días, y abre el camino hacia el futuro. Nos recuerda también que, si las iglesias están divididas, estamos desatendiendo nuestras responsabilidades relacionadas con la vida, la justicia y la paz. Sabemos que los dones de Dios de la gracia y de la reconciliación no pueden estar limitados a nuestras propias comunidades, países o tradiciones religiosas, sino que fluyen del amor de Dios por este mundo.

Como dice un proverbio africano: "Si quiere ir rápido, vaya solo; pero, si quiere llegar lejos, vayan juntos".

Usted ha venido desde Roma hasta Ginebra, y esperamos poder avanzar con usted como peregrinos, acompañándonos mutuamente en nuestro camino para:

- visitar las heridas de los que sufren;
- celebrar el don de Dios de la vida, y
- llevar a cabo juntos acciones transformadoras que mejoren las vidas de las personas dondequiera que haya necesidad de justicia y paz. Nuestra oración es poder caminar juntos para tender puentes y crear espacios para que las personas aisladas y separadas puedan reconectarse y experimentar relaciones mutuamente enriquecedoras. El mundo

espera que nosotros, los cristianos, estemos unidos por la justicia y la paz, poniendo a los que están en los márgenes en el centro de estas acciones.

Esto requiere que las iglesias miembros del CMI y la Iglesia Católica Romana trabajen juntas de manera eficaz tanto en el ámbito local como en el internacional. Le estamos agradecidos a usted, Su Santidad, porque ya podemos vislumbrar una nueva forma de cooperación entre el CMI y el Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, el nuevo Dicasterio para la Promoción del Desarrollo Humano Integral, e incluso la Secretaría de Estado. Estamos organizando juntos una conferencia mundial sobre xenofobia, racismo y nacionalismo populista en el contexto de la migración mundial para septiembre de este año en Roma. Personalmente, espero con gran interés la posibilidad de fomentar también nuestra cooperación con los niños y los jóvenes, que son mayoría en muchos países, pero son los que más sufren por causa de la pobreza, de enfermedades prevenibles, y de la violencia. Estamos trabajando en la consolidación del compromiso de las iglesias con la niñez en materia de protección y participación de los niños, de iniciativas de justicia climática llevadas a cabo con los niños y, cada vez más, en el contexto de los niños refugiados y de la migración. Me complace constatar que la Asamblea General del Sínodo de los Obispos en Roma de este año tiene un enfoque en los jóvenes de nuestro mundo actual, su fe y su discernimiento vocacional.

Como moderadora del Comité Central del CMI, he tenido el privilegio de participar, junto con los asociados ecuménicos, en varios procesos, reuniones y visitas de solidaridad.

Vemos los frutos de esa cooperación en muchas situaciones concretas. Permítanme subrayar lo importante que es que las iglesias cristianas se vean como una sola en Sudán del Sur, lo esencial que es la acción común en pro de la justicia en el proceso de paz de Colombia, el potencial de la oración y la labor conjunta para el proceso de reunificación en la península de Corea y cuánta acción concertada hace falta en Burundi y la República Democrática del Congo.

Estoy al tanto del imperativo y el gran potencial de la sinergia ecuménica en Sudán del Sur. Caminando, trabajando y orando juntas, las iglesias refuerzan su rol en la sociedad y pasan a ser compañeras fiables en la peregrinación de justicia y paz en tiempos difíciles. Damos gracias a Dios por la activa participación de la Iglesia Católica Romana en este proceso.

Estuve en Colombia y comprobé con gratitud que los esfuerzos conjuntos del Consejo Mundial de Iglesias y de ACT Alianza, la alianza para el desarrollo con sede en Ginebra que también integran la Federación Luterana Mundial y el Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI), para propiciar las negociaciones de paz fueron bien recibidos y dieron resultados. Puede que el camino que tenemos ante nosotros sea largo, pero, una vez más, caminando y orando juntos, podemos desempeñar un papel constructivo.

Estuve en Corea del Sur durante la Asamblea del CMI y en otras ocasiones. La preocupación por la reunificación siempre ha tenido alta prioridad para la familia ecuménica. Recientemente, una delegación ecuménica, de la que formaron parte los secretarios generales del CMI y la Comunión Mundial de Iglesias Reformadas, visitó Corea del Norte. Damos gracias a Dios por poder celebrar hoy, junto con la Federación Cristiana Coreana y el Consejo Nacional de Iglesias de Corea, los compromisos expresados por las autoridades políticas que comprenden las esperanzas y aspiraciones ecuménicas de larga data por la paz en la península de Corea.

Participé en la visita de solidaridad a Burundi y, desde entonces, vengo trabajando estrechamente con muchos amigos y asociados ecuménicos, incluida la Iglesia Católica Romana. Nos comprometimos a trabajar con todos los líderes religiosos y las personas defensoras de la paz de Burundi apoyando sus esfuerzos incansables en el terreno para asegurar una paz y una estabilidad duraderas en Burundi y el resto de la región.

Además de Sudán del Sur, Colombia, Corea y Burundi, podemos pensar en otros países e iglesias de Oriente Medio, así como de África, Asia y las Américas, a los que esto también se aplica de muchas maneras lo que comentamos. En la reunión del Comité Central, hemos escuchado a nuestras hermanas y nuestros hermanos que pedían nuestras oraciones y nuestra solidaridad. Abrigamos esperanzas y oramos por ellos para que su visita realmente marque una nueva fase de cooperación y unidad cristianas.

Queremos asegurarles que también oramos por ustedes y le pedimos a Dios abundantes bendiciones para su testimonio y el servicio de la iglesia y de este mundo que todos compartimos.

Hágase la voluntad de Dios aquí, en la tierra, como en el cielo. Amén.